

JAIME EYZAGUIRRE, HISTORIA Y PENSAMIENTO (en los 25 años de su muerte)

Un 17 de septiembre de 1968 Jaime Eyzaguirre moría en un accidente automovilístico. Hace un cuarto de siglo. Por ello, la Universidad Alonso de Ovalle, presidida por su rector, Alberto Naudón, realizó los días 7, 8 y 9 de septiembre un ciclo dedicado a su vida y obra. Se quiso así homenajearlo “en su ámbito más propio, el académico”, en los trabajos de Bernardino Bravo Lira (Eyzaguirre y la conciencia histórica chilena en el siglo XX). Oscar Dávila Campusano (Eyzaguirre, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Academia Chilena de la Historia), Gonzalo Larios (Visión política y corporativismo en Jaime Eyzaguirre). José Miguel Lecaros S. (Teología y Filosofía de la Historia en Eyzaguirre) y Antonio Dougnac Rodríguez (Eyzaguirre y la Historia del Derecho). Acompañó a éstas una exposición de publicaciones y fotografías realizada por Felipe Vicencio Eyzaguirre.

Razones sobran. Dejó —aseguró Lecaros— “un impacto fuerte”, propio de aquellas figuras “que sólo aparecen muy de cuando en cuando en la historia de los países”.

Jaime Eyzaguirre estaba dolido por lo que consideraba el desvirtuamiento existencial de la Patria Chica (Chile) y de la Grande (América). Vista así, su actividad historiográfica fue una manera de rescatar lo propio; aquello en lo cual se reconocía y reconocía a los demás. De ahí su cercanía a las instituciones que cultivaban la disciplina. Primero, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, de la que fue joven secretario (1929) y en cuyo Boletín aparecieron 40 títulos de su obra, entre ellos los relativos a O’Higgins y Errázuriz, que merecieron sendos premios.

Aunque se tituló de abogado, “se demostró —dice Oscar Dávila— que no era esa su vocación”, como tampoco la de diplomático. Su interés iba por la historia como lo evidenció su memoria de grado sobre privilegios diplomáticos (1931) y en las obras que desde 1929 efectuaría hasta su muerte.

Ansioso de nuevos rumbos, propició la creación en 1933 de la Academia Chilena de la Historia, cuyo primer presidente fue don Agustín Edwards Mc Clure. Desde 1935 hasta su muerte fue su secretario general. Su participación en esta organización se enlaza en otra empresa que —por desgracia— no alcanzó a ser analizada: la gestación del Instituto de Historia de la Universidad Católica y de su anuario.

Su labor estuvo dominada por la idea que la tesis que Chile nacía con la Independencia era un error de la historiografía del XIX. Esta última traslucía su desprecio por lo católico y lo hispánico afirmando que bajo estos valores se había vivido una gran siesta, que hubo de esperar la alborada de las nuevas ideas e influencias nacidas de la Revolución Francesa.

Pero un país no podía actuar antes de nacer. Para él, la vida de 3 siglos no podía ser reducida a un cliché como el de la “Colonia”, que reducía todo a factoría económica o comercial. Fue él quien, siguiendo una corriente revisionista (Ricardo Levene, Silvio Zabala, Carlos Pereira), levantó el rótulo de “Indiano” para ese período. En él encontró los orígenes de Chile, y de sus valores, por lo que le consideró como fase germinal de la nacionalidad.

Así reinterpreto la Independencia de Chile a la luz de las teorías y prácticas tradicionales del mundo hispánico. Esta era, a su modo de ver, la liberación de las fuerzas centrípetas de los cabildos, ausente ya la cohesión de la monarquía, y no un reflejo de tesis de 1789 que no se conocían ni se avenían a la sociedad de entonces. Contrastaba, dice, frente al carácter levantisco e idealista de la Independencia hispanoamericana, la justificación economicista de los colonos anglosajones que manifestaban que era preciso reservarse para sí las rentas del territorio que ocupaban. Vertió sobre todo en “Hispanoamérica del Dolor” e “Ideario y Ruta de la Emancipación chilena” esta interpretación. En ella llamó a exaltar lo propio, lo tradicional, como modelo de vida, y consecuentemente a vivirla como un hidalgo de nuevos tiempos.

EL HISTORIADOR DEL DERECHO

Jaime Eyzaguirre manifestó en cierta ocasión que él no era un historiador del Derecho sino un historiador a secas. Sin embargo, como demostró Antonio Dougnac, esta aseveración no es exacta porque en el Derecho, su más directa actividad docente, vertió el resultado de sus investigaciones y novedades.

Su formación en derecho en la Universidad Católica le sirvió de punto de partida. Eyzaguirre distinguió, siguiendo a García Gallo, entre la “Historia del Derecho” y la “Historia de las Instituciones”. Esta tesis encontró audiencia. También originó las cátedras en las Universidades de Chile y Católica de Derecho Histórico. Nunca perdió el lazo con el Derecho.

Por otro lado, no se encandiló con el solo estudio de las leyes; sabía que ellas muchas veces no representaban la realidad. “Hecha la ley, hecha la trampa”, decía el refrán. Por ello impulsó —especialmente a los

memoristas de la Universidad Católica (Del Valle, Oñat, Vial, etc.)— a estudiar la costumbre y la jurisprudencia como las otras fuentes del Derecho.

Fue en aquella universidad donde vertió sus afanes más renovadores, aunque la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile era el auditorio y laboratorio de pruebas de sus tesis. En ambas hizo discípulos, algunos de los cuales hicieron aportes específicos a la historia del Derecho (Javier González Echenique), y otros —lo mismo que el maestro— a la historia general: Fernando Silva Vargas, Fernando Campos Harriet y Gonzalo Vial Correa, por ejemplo.

EL IMPULSO POLITICO

Es imposible separar su concepción política de su profesión de fe. Católico práctico, adhirió sin reservas a la Doctrina Social de la Iglesia. Eyzaguirre distinguió entre la gran política y la política partidista. La primera la consideró un deber, en tanto se expresaban valores y contenidos éticos permanentes. Pero la segunda le produjo clara y creciente distancia, y más de alguien le oyó decir que si había de meter las manos “al agua sucia” por qué habría de ser él.

Esta distinción condicionó su actitud. Desde su participación en la Liga Social y en la ANEC, con el apoyo del Padre Fernando Vives S.J., Eyzaguirre enfatizó la legitimidad de preocuparse por el bien común fuera de los partidos políticos y se resistió a ingresar al Partido Conservador. Por ello acudió al Vaticano, obteniendo del cardenal Pacelli, futuro Papa Pío XII, la respuesta que para ser buen católico no era preciso militar en un partido político.

Una serie de artículos publicados en el diario “La Unión” de Valparaíso, bajo el seudónimo de “Juan de Echazarra” evidencian su opinión. Ahí expuso su preferencia por el sistema corporativo, pero no al modo del fascismo, y retóricamente el nacional-socialismo alemán, que también se pretendían corporativistas. Sino al modo católico: la Iglesia propiciaba un corporativismo de asociación, emanado desde abajo, sin intromisión ni conducción del Estado, regido bajo el principio de subsidiaridad o “función supletiva del Estado” (Pío XII).

Por donde iban sus simpatías quedó demostrado al comentar el libro del P. Joaquín de Azpiazu titulado “El Estado Corporativo”. Estuvo al tanto de las experiencias corporativas católicas, especialmente la del Canciller Dolfuss (Austria) y la de Antonio de Oliveira Salazar (Portugal). También favoreció la idea de transformar el Senado en un órgano de representación funcional y gremial.

Pero tras la II Guerra Mundial la Iglesia se resintió en favor de las tendencias demócratacristianas, y a partir de 1940 Eyzaguirre se caracteriza por su silencio, aunque se recuerda que continuaba recomendando “El Estado corporativo” y reconociendo en aquel su bondad.

Decepcionado, Eyzaguirre se contenta después con enfatizar que la misión del cristiano es, en estos días —dice en 1941—, no tanto la de abordar una cultura “como la de servir a cada paso en las circunstancias de la vida diaria, de testimonio vivo a la palabra de Cristo en medio de un mundo que lo ha desechado”.

EL CREYENTE

La existencia humana estaba inmersa en el “cumplimiento del riguroso plan providente, sin que nada de lo que acontezca pueda excluirse de este marco ni ser atribuido a la mera casualidad”. Así describió Eyzaguirre la concepción de León Bloy sobre la historia —que él mismo compartía— y en la cual trasunta la raíz teológica de su pensamiento. Ella, como advirtió José Miguel Lecaros, se manifestó desde su juventud, pues a los 16 años defendió la identidad entre Civilización y Cristianismo.

Idea que se acentuó con la lectura de autores como Ramiro de Maeztu, Juan Donoso Cortés, Romano Guardini, Jacques Maritain, Nicolai Berdaieff, y León Bloy. Especialmente este último al que dedicó su “León Bloy, peregrino de lo absoluto”. Eyzaguirre le siguió, al recordar su regla de oro para leer su Historia de Francia: “Al decir: qué lástima que este acontecimiento haya ocurrido en lugar de este otro, no miramos a Dios, sino a nosotros mismos, involuntariamente, sin percibirlo se supone que Dios se ha equivocado”... “Así han caído los ángeles, ha caído Adán y ésta es la inclinación universal de los hombres”.

Sobre todo en Eyzaguirre destaca su adhesión al milenarismo, corriente que propicia una exégesis literal del capítulo XX del Apocalipsis, que dice que Jesucristo vendrá a reinar mil años entre la derrota del anticristo y el Juicio de los Justos.

Esta enseñanza —que no fue favorecida por la Santa Sede debido a que no se podía enseñar con “seguridad” (1941 y 1944)— la adoptó con especial intensidad. De ese modo interpretó la historia de acuerdo a categorías que se encuentran en San Agustín, el padre Lacunza, Joaquín de Fiori y Giambattista Vico.

En 1956 expuso su idea de la historia. Ella es —decía— “la

realización de la idea de Dios en el plano del hombre a través de su libertad". Hay —proseguía— dos grandes ciclos: el del pueblo judío y su monoteísmo, y luego el de la unidad de la Iglesia. En este segundo período, la Santísima Trinidad se abre e inicia tres períodos: el Reinado del Espíritu Santo —desde Pentecostés a la Parusía—; el de Cristo, en la segunda venida o Parusía, y el del Padre, en el reino eterno y final. Signos evidentes de la Segunda Venida serían la conversión de Israel y la apostasía universal de las naciones.

Por su repercusión en los fieles, cierto sector de la jerarquía se apresuró en silenciarla. Eyzaguirre, obediente, calló (“me someto con devota voluntad de hijo al juicio de la Jerarquía, acogiendo con respeto y sumisión lo que ella ordenare, pues he venido a la Iglesia no a enseñar sino a obedecer”), aunque la había defendido públicamente.

Quizás sean estas consideraciones y actitudes las que mejor representen el quehacer de esta destacada figura de la cultura nacional y dibujen la fisonomía de un pensamiento que vio en la existencia como un estado transitorio y meritorio para la morada eterna.

CRISTIÁN GARAY VERA*

*Magister en Historia (Univ. de Chile). Profesor del Instituto de Estudios Avanzados. Universidad de Santiago de Chile.